



Publicación Mensual al Servicio del Centro de Formación para Maestros de Biblia

FELIZ NAVIDAD Y PRÓSPERO AÑO NUEVO 2005

En aquellos días, el emperador Augusto ordena realizar un censo en todo el mundo. El primer censo se realiza cuando Quirino era gobernador de Siria. Cada persona debía inscribirse en su ciudad de origen. José también tiene que hacerlo y para ello parte de Nazaret, en Galilea, para ir a Judea, a la ciudad de David llamada Belén, pues ésta era su tierra y él era descendiente del rey David. José vino a Belén a inscribirse con María, su esposa, quien estaba encinta. Lc. 2,1-5

Siguiendo los Evangelios de Lucas y Mateo, te contaremos su viaje y sus aventuras de manera muy libre. Es una historia de Navidad propuesta a los niños... y a los adultos, con mucha imagi-

EL NIÑO DE BELÉN

LA PARTIDA

En el patio de una casita, un asno se encuentra atado a la higuera. Delante de él, hay paquetes preparados para el viaje.

Al fondo, la noche se aleja con el alba, dibujando bonitas figuras doradas en el horizonte, sobre las colinas.

José amarra una gruesa manta al lomo del asno, para que María pueda sentarse y sufra menos los vaivenes del camino.

Está embarazada. Le es imposible caminar; el niño que lleva en su vientre le pesa cada vez más.

José coloca dos paquetes a ambos lados del asno: alimentos, ropas, un toldo para acampar y un recipiente lleno de agua que gotea cada vez que se mueve.

El camino de Nazaret a Belén es largo; allí los espera el representante del gobernador romano.

José cierra su taller. Durante varios días no podrá utilizar sus herramientas de carpintero. María sabe cuánto le gusta cepillar, tallar, armar y sentir en sus manos la madera bruta que se transforma en una silla, en una mesa o en un arado.

Antes de cerrar la puerta de su sencilla casa, donde viven llenos de felicidad, José echa la última mirada a la cuna que fabricó con ternura.

Todo está listo.

José y María se miran, sin decir nada.

José coloca su mano en el rostro de María y María recibe sus caricias, más refrescantes que el agua clara bajo el sol de mediodía.

Luego se marchan.

LOS PRIMEROS DIAS

Durante los dos primeros días todo va bien.

Los caminos son llanos entre las verdes colinas de Galilea.

En algunos momentos, bajo la sombra de los olivos, María se baja del asno y camina junto a él.

De esta manera, dice ella, el asno estará menos cansado con la carga que lleva encima.

José camina delante. Lleva al asno con una cuerda para guiarlo y tirar de él cuando el camino se convierte en un sendero estrecho y escabroso.

Una y otra vez José vuelve la vista atrás para mirar a María. Sus ojos reflejan inmenso cariño hacia ella. María es su tesoro más hermoso.

Durante las breves paradas él va hacia ella para secarle el sudor que corre por su rostro; sus manos tienen la dulzura de la brisa al atardecer.

EL TRAQUETE

Al cuarto día María comienza a sentir un fuerte cansancio como si el tronco de un árbol aplastara todo su cuerpo. ¡Sólo tiene un asno donde sentarse!

María percibe que todo su cuerpo se vuelve más pesado. Cuando el asno traquetea entre los zarzales de espinas que

hacen difícil el camino, se lleva las manos al vientre abrazando al hijo que espera y con ternura lo protege. Después dice: ¡Mi vientre se parece a un cesto donde se guarda la semilla de Vida!

José mira con frecuencia hacia atrás para cuidar de María, y contemplar la sonrisa que baña su rostro.

LA TIENDA

En la noche del cuarto día, como en las otras noches, José monta la tienda junto a una higuera grande y perfumada. ¿Si no, dónde podrían dormir?

Aquí no conocen a nadie que les ofrezca posada. Además, el poco dinero que José gana como carpintero

no les permite ir a los ricos albergues que encuentran por el camino.

Con algunas ramas secas, José hace un fuego que prende al llegar el crepúsculo.

Toman un poco de agua, unos dátiles secos y una torta que María cocinó en su casa de Nazaret.

¡Qué bonito es contemplar el cielo creado por Dios lleno de estrellas y misterio! Con las manos juntitas, se acuestan en el suelo sobre unas mantas extendidas que arropan todos sus sueños.

GRACIAS

Al quinto día, hacia el mediodía, María se siente muy mal.

Llegan cerca de Sicar, un pequeño poblado de Samaria. José, vuelve a mirar hacia atrás, como lo hace a menudo, para cuidar de María. La ve temblando, con rostro dolo-



rido, los labios apretados, agarrada con fuerza a las crines del asno. Rápidamente corre hacia ella: ¡Ánimo, María! Unos instantes más. El pozo está a unos pasos. A su sombra podrás descansar.



Cuando llegan junto al pozo, José toma a María en sus brazos para ayudarle a bajar del asno. Despacio, con cuidado, él le

ayuda, con mucho mimo, a poner sus pies en el suelo.

María le dice agradecida: ¡Gracias, esposo mío!. En estas palabras, José percibe un susurro de ternura.

LA NIÑA DEL POZO



María reposa junto al pozo. En aquél momento preciso una niña se le acerca. En la cabeza lleva un jarrón lleno de agua.

¿Tienes sed?, le dice a María. No es extraño. ¡Con este sol abrasador en el cielo, sus rayos de fuego secan la tierra! Ven, le dice, toma el agua que les traigo cuando desde a lo lejos los vi. Esta agua es para ustedes que han caminado muchísimo.

María besa a la niña, toma el jarro, y se lo pasa a José quien también luego bebe.

María pone su mano sobre la niña: Pronto vendrá alguien y sus palabras serán una fuente viva para los corazones sedientos.

Al mismo tiempo que habla coloca una mano sobre su vientre donde se mueve el niño. La niña le mira y le dice: Lo esperaré. Y sin más palabras que decir, se marcha corriendo a casa.

POLVO Y VIENTO

El sexto y séptimo día transcurren con viento y polvo.



Nada puede detenerlos. El polvo levantado por el viento traspasa incluso las gruesas mantas que utilizan para taparse.

María se acurruca en las espaldas del asno para evitar las molestias del polvo, José, con una tela larga protege su rostro y cara. Se agarra fuertemente al bastón como un ciego caminante para no perder el sendero. Con una cuerda, tira del asno que camina detrás, y le guía, no quiere que tropiece.

Siguen y siguen caminando.

Están casi agotados cuando se detienen

por la noche. Sus rostros manchados están de polvo y de cansancio. Protegidos por la tienda, José le dice a María: Hemos resistido al viento y a las molestias del polvo. ¡Ya es tiempo de que venga Aquél que dará a los hombres la fuerza de resistir a los malos vientos que soplen contra ellos!

Y juntos, con un gesto mutuo de amor, colocan sus manos sobre el vientre de María donde el niño se estremece.

EL NOVENO DIA

El noveno día, José ve cambiar el rostro de María a cada movimiento brusco del asno. Hasta en sus entrañas María siente las piedras en las que el asno pisa o tropieza.



¡Un día más, se dice ella, y llegaremos a Belén! Allí podré descansar.

María se siente pesada. Tiene la impresión de estar pegada al asno como si fuera un paquete más a los lomos del animal.

Sin embargo, la felicidad brilla en ella, ágil como aquellas aves que ve volar en el cielo. Este niño que está en mí, lo sé, soportará las pesadas cargas de aquellos que están aplastados por las penas de la vida.

José mira una vez más hacia atrás para cuidar de María y ve la sonrisa que resplandece en su rostro.

PAN Y VINO

Aquél día, al montar la tienda para pasar la noche, vienen a su encuentro un hombre y una mujer, jóvenes aún, con sus dos hijos pequeños.

El hombre les dice amablemente: Regresamos de Belén, ¿podemos quedarnos con ustedes esta noche? Cuando ve a María embarazada y a José tan cansado, agrega: Entre todos nos apoyaremos y será más fácil afrontar la noche...



José y María los invitan a sentarse junto a ellos. El hombre dice a sus hijos: vayan a buscar los dátiles, traigan también el pan y el vino nuevo... pronuncia la bendición y, luego, todos comen y comparten el pan y el vino.

LOS DOS NIÑOS

María les agradece el pan y el vino com-

partidos, también los dátiles.

Después, muy despacio murmura, como para sí misma, algo que sólo los niños la oyen clavados los ojos en sus ojos: Pronto vendrá Aquél que se ofrecerá como pan bueno compartido con todos los hambrientos y como vino generoso derramado para la fiesta del mundo entero.

Miran en silencio, contemplan el fuego que juguetea con las chispas como si fuera una fiesta.



Al cabo de un momento la mujer mira dulcemente a María: ¿Es para pronto? Sí, responde María, y una luz brilla en sus ojos: ¡Será un niño de paz!

EL AMANECER

Al amanecer del décimo día el hombre, la mujer y sus dos hijos se van.

María y José continúan su camino. Saben que Belén está cerca. Belén es el lugar de origen de la familia de José. Es allí donde



deben inscribirse en las listas de los Romanos. María siente las contracciones, cada vez más fuertes, anunciando que el niño se prepara para

venir al mundo. Mi hijo nacerá durante el viaje, se dice. No nacerá en su casa, en su hogar; será un extranjero. Será un niño de ninguna parte, y, al mismo tiempo, un niño de todas partes!

AQUEL QUE SIRVE

Mientras que José prepara el asno a toda prisa, pues sabe que se aproxima el final del viaje, en su cabeza piensa en el emperador de los Romanos al que jamás conocerá: Por su culpa emprendimos este duro viaje. Todo esto sencillamente porque el emperador se le antoja contar a la gente de su imperio. ¿Qué se creen los poderosos? Como si los seres humanos fueran bestias que se pueden contar y poseer; como si fueran unos rebaños de cabras u ovejas sobre los cuales inscriben la marca de su poder: ¿cuándo comprenderán los poderosos que se les ha confiado el poder únicamente para ponerse



al servicio de sus prójimos? Y José apresurándose, mueve la cabeza. María lo ve. Ella intuye lo que pien-

sa: *Mi hijo, dice ella en voz alta, viene para traer a todos la felicidad.*

LA LLEGADA A BELEN

Termina ya el décimo día. Cae la noche. El camino comienza a bajar. Sobre el asno, María gime. Siente en su cuerpo que el momento se acerca. El niño aprieta en su vientre. José grita: *¡María! ¡Mira las luces! ¡Es Belén!*



Es una noche completamente oscura cuando llegan a Belén. Las calles están tranquilas. Por las ventanas de las casas, la iluminación de las lámparas de aceite deja entrever algunas sombras en movimiento. *¡Deprisa!, se dice José, Hoy no hay otra solución: tenemos que encontrar una posada!*

Al final de la callejuela, José ve camellos y asnos llenos de grandes cargas. Están atados al muro. *¡Aquí es, exclama José!*

Del interior salen voces, risas, canciones y gritos. José llama a la puerta.

EN LA PUERTA



Nadie viene a abrirle. *¡Qué extraño, con tanto ruido!, se dice José. Llama más fuerte. La puerta se abre bruscamente. Un rostro aparece a la entrada. En la mano lleva en alto una luz que deslumbra a José. El posadero mira a José de los pies a la cabeza; lleno está su vestido de polvo y su rostro, sucio por el sudor. Ve a María en el asno y se fija en su vientre también. Estos no tienen dinero. Son extranjeros que vienen a nuestra casa a mendigar, piensa.*

Y grita con voz tan fuerte que hasta el asno se asusta: *¿Qué ocurre? ¿Quién es usted? ¿qué quiere?*

NO HAY LUGAR



José suplica. Es su primera súplica: *¡Oiga por favor! Venimos a censarnos. Mi mujer va a dar a luz. Está muy cansada, ayúdenos por favor.*

El niño está por nacer ¿dónde podremos colocarlo? Se lo ruego por mi mujer para que pueda acostarse. El nacimiento se aproxima. ¡Se lo pido por favor!

José no encuentra respuesta, tiene la sensación de hablar al vacío. El posadero duda. Luego, con un tono brusco dice: *¡No hay lugar, está lleno! No puedo hacer nada por ustedes, busquen otro lugar.* Cierra la puerta con fuerza ante las manos suplicantes de José. Siente como si la noche le robara todas las posibilidades. José no sabe que hacer. A punto está de estallar.



LOS POBRES

Cerca de la puerta cerrada unos rostros se mueven. José no los había visto por lo oscuro de la calle. Unos hombres y mujeres se levantan y se le acercan. Son unas doce personas.

José distingue sus ropas pobres. Han escuchado todo y se acercan a José y María.

Uno de ellos, con timidez, agarra a José por el brazo y dice en voz baja, como si temiera ser rechazado: *No hay sitio aquí ni para ustedes ni para nosotros. Aquí hay que ser rico, aquí hay que estar bien vestido. Nosotros no tenemos nada, solamente nuestras ropas andrajosas. Ni siquiera tenemos un domicilio fijo. Y agrega, aún en voz más baja, como para sí mismo: ¿Quién nos echará una mano para vivir?*



LOS MARGINADOS



Dos mujeres se acercan a María. Notan su cansancio y sus manos colocadas sobre el vientre. No hay tiempo que perder. *Ustedes son pobres como nosotros, dice la mujer más adulta, nosotras conocemos un lugar para dormir. Está a las afueras del pueblo. Hay paja, animales y calor. No tenemos otra cosa, pero se las damos. ¡Vengan!*

EL ESTABLO

Los marginados conducen a María y José hasta un establo. Uno de ellos coloca la paja para hacer una especie de cama. Otro enciende una lámpara. Las otras llevan en brazos a María y la colocan delicadamente sobre la paja, como un vaso frágil. José se arrodilla a su lado y le acaricia sus dos manos. Ambos se retiran a un rincón, cerca de los animales, para esperar el gran momento. Comienzan los síntomas del parto. María

suda y suda. Nunca ha sentido tanto dolor; le atraviesa el cuerpo entero. Piensa en el ángel a quien ella dijo: *Si, soy la sierva del Señor.* El momento se aproxima, aún le queda tiempo para recordar: *El niño anunciado viene...* Y lanza un fuerte grito.



EL NACIMIENTO

Todos se estremecen. Luego se escucha un nuevo grito. *¡El niño acaba de nacer!* Suena el primer gemido de su vida.

Después, sólo resuena el llanto del niño que llora. Su llanto atraviesa la noche y corre volando al cielo.

Llega el silencio, el niño recobra fuerzas con la leche de su madre. Luego, se acercan aquellos que nada poseen. Contemplan a María con su tierna sonrisa, y escuchan que dice: *¡Miren! ¡Está vivo! ¡Es un niño que trae la vida!*

Ellos no comprenden nada, pero en su corazón brota la alegría, como una semilla de primavera. Nunca más, a partir de este momento, nunca más, incluso cuando estén solos en la noche, nunca más, la alegría los abandonará.



LOS PASTORES

No lejos de aquel lugar, los pastores cuidan sus rebaños. Están atentos, vigilantes, es sobre todo durante la noche cuando los ladrones y las bestias salvajes aprovechan para atacar sus ovejas.

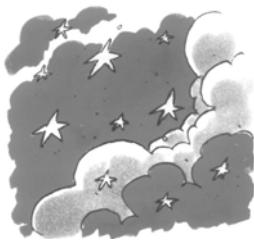
Esta noche parecía más oscura que las otras. Justo cuando el temor los envuelve con una oscura ola de inquietudes, escuchan una música celestial.

Jamás habían oído nada parecido. Se dirá que el cielo se pone a cantar para ellos, sólo para ellos, los vigías de la noche.

LA MUSICA

Es una música extraña. Como cascabeles agitados por el viento, como estrellas que se mecen en las nubes, como voces de niños





bordando el arco iris en un lienzo, como sonrisas que tejen canciones con hilos de oro, como el gránito de una cascada, como pasos de danza sobre una rosa, como una feliz noticia des-

púés de años de tristeza.

Levantán los pastores su mirada al cielo, y con el corazón escuchan las palabras que les quitan el miedo que amenaza su existencia: *¡Se terminó la noche! ¡Una niña acaba de nacer! ¡Es el salvador que trae la libertad y que secará todas las lágrimas de los ojos! ¡Vayan a contemplarlo!*

EL RECIEN NACIDO

Los pastores se congregan. En su oídos resuena la música celestial. Corren presurosos. Corren hacia el establo y entran.



Envuelto en pañales el recién nacido está acostado en un pesebre.

Es un niño tan frágil como todos los niños de la tierra. Un niño con los brazos extendidos, un niño sin fuerzas. Está el niño en el pesebre como una ofrenda. Los pastores creyeron de todo corazón: *¡Este niño es la luz del mundo!*

EL NIÑO DE LA ESPERANZA



José levanta al niño del pesebre y lo coloca en los brazos de María, que permanece acostada, María, despacio, con los dos brazos extendidos les presenta al

niño diciendo: *¡Este niño es para todos ustedes. Es un niño que traerá el amor al mundo. Es un niño que levantará la esperanza del mundo. Él sembrará la alegría en los surcos de la tierra... Es Dios con nosotros, Emmanuel!*

Los pastores y los marginados se acercan al niño. Uno tras otro, lo tocan y se dicen maravillados: *¡Tenemos a Dos!*



¡Hemos tocado a Dios! ¡Ha venido a nosotros! ¡Se ha convertido en uno de nosotros!

Y todos, marginados y pastores aplauden y se alegran mientras la extraña música les hace escuchar misteriosas palabras que les

llena de felicidad: *En lo más alto de los cielos, gloria a Dios y en la tierra paz a todos los hombres que ama el Señor.*

Sin esperar, salen del establo diciendo: *¡Hay que anunciar la feliz noticia a todos aquellos que están perdidos en la noche!*

LOS REYES MAGOS

Afuera, el cielo parece una gran llanura de claridad, una inmensa pradera donde las estrellas, a lo lejos, semejan diminutas flores de luz. Salen los pastores corriendo.

En el horizonte, divisan sobre la cima de la colina, tres figuras sorprendentes que avanzan hacia el establo. Un poco asustados, retroce-



den, se reagrupan delante de la puerta del portal que quedó entreabierta. *¡Si es necesario, defenderemos al niño!*

Permanecen silenciosos. Las tres figuras se detienen a poca distancia de ellos junto a la entrada del establo. *¡Son tres camellos! En cada uno de ellos va un personaje real. Suenan una voz fuerte: ¡Aquí es, por fin! ¡Aquí es! Hemos visto su estrella y hemos venido para adorarlo.*



El brazo de uno señala con el índice de la mano una estrella diferente con una larga y blanca estela que llega hasta el establo.

Los pastores y marginados dejan el paso libre, colocados a la puerta. Los tres personajes bajan de sus camellos y entran en el establo con mucho respeto.

CONTEMPLACION

Entran y no dicen nada. Sólo contemplan con sus ojos y con todo su corazón. Su larga búsqueda los condujo hasta aquí, a un establo pobre, delante del recién nacido que duerme en brazos de su madre. Se arrodillan. Uno de ellos dice: *¡Hemos consultado tanto los signos! ¡Hemos esperado tanto! ¡Hemos buscado tanto y de todo corazón! Pero, al fin, te encontramos, Luz de las naciones.*

El segundo dijo: *¡Ya te tenemos aquí dichosa de todos los pueblos! Y el tercero agregó: ¡Tu serás el Pastor de todos los pueblos de la tierra!*

Luego, los tres juntos, a una sola



voz dijeron: *Para ti niño que vienes de parte de Dios, para ti es nuestra adoración.*

ADORACION

Con un gesto común, se inclinan hasta el suelo, haciéndose pequeñitos delante del recién nacido. Y se quedaron ahí postrados un largo rato.

El primero coloca un cofre junto a María: *Es mi regalo para el niño, es oro, pues este niño es el único rey de la tierra.*



El segundo deposita su cofre diciendo a María: *Es mi regalo para el niño: es incienso pues este niño es Dios ha venido entre los hombres.*

El tercero entrega su cofre diciendo: *Es mi regalo para el niño: Es mirra pues este niño es como nosotros, él conoce bien nuestra condición humana.*

Los tres juntos cantan para el niño una melodía. La canción está tan cargada de alegre esperanza, que todos, pastores y



marginados, se arrodillan alrededor del niño, con las manos abiertas para adorarlo.

MARIA Y JOSÉ NO DICEN NADA.

SIMPELEMNTE ESCUCHAN. LO QUE CONTEMPLAN Y SIENTEN LO GUARDAN EN SU CORAZÓN.

MIRAN AL NIÑO: DIOS CUMPLIÓ SU PROMESA: VINO A VIVIR A LA TIERRA.

SI ALGUIEN ESCUCHA LAS PALABRAS QUE ESTE NIÑO DE BELÉN PRONUNCIÓ UN DÍA, LOS HOMBRES PODRÁN, POR FIN, CONSTRUIR UN MUNDO DE AMOR Y VIVIR EN PAZ.